

VATICANO 1969

LA PORTADA



El Papa, después de la homilía: "¿Cómo podrá la Iglesia ser Iglesia?"

Pablo VI: Alerta contra el cisma

Fue a las cinco y media de la tarde, el Jueves Santo. Después del Evangelio, cantado en griego y en latín, Pablo VI, que asistía a la misa in cena Domini desde el trono pontifical de la Basílica Lateranense, se calzó los anteojos de montura plateada y emprendió la lectura de su homilía. "Hermanos —comenzó diciendo con su voz sin cadencia, huérfana de arrebatos y modulaciones— Hoy vacilamos antes de tomar la palabra, porque tememos turbar la intimidad personal de vuestros pensamientos."

Pocas veces, desde la Cuaresma de 1968, el Papa había dejado de incluir las palabras *vacilación* o *angustia* en sus discursos, y casi invariablemente esos vocablos aludían a una crisis de autoridad dentro de la Iglesia, al riesgo de una desunión irreparable. Pero nunca, tal vez, la advertencia iba a ser tan necesaria como en este caso: en el noveno párrafo de la homilía (que duró doce minutos), Pablo VI mencionó por primera vez —si bien de un modo sesgado, lateral— la inminencia de un fenómeno que tiene, para el mundo católico, la gravedad

de un terremoto. Habló de cisma. No es por azar que el 261º Pontífice Romano eligió para sí el nombre del apóstol Pablo. Las Cartas a los Corintios, a los Efesios, a los Filipenses, rindieron el cuerpo doctrinal que ha inspirado la mayoría de sus sermones. En la homilía del Jueves Santo, el Papa invocó el magisterio de la Primera Epístola a los Corintios ("cuya lectura nos guía en estos momentos dolorosos"). No podía disponer de fuente más adecuada, en aquel texto, San Pablo se esfuerza por conjurar las divisiones que trababan el diálogo del pueblo y la apelación de cada cristiano a la autoridad de un maestro diferente, recordándoles que hay una sola Sabiduría verdadera, la que proviene de Cristo, y un solo mensaje, la salvación por la cruz.

En la Basílica de San Juan de Letrán, el Pontífice no abundó en citas. De los quince textos sobre los que decidió apoyarse, diez corresponden a esa Primera Epístola. Quizás el más notable sea el versículo décimo, en el que se lee: "Os ruego, hermanos, a que todos tengáis un mismo sentir,

y no haya cisma entre vosotros". De esa frase, precisamente, deriva todo el sermón del jueves 3. Pocas veces fue tan imponente el auditorio del Papa. Allí estaban los Superiores y Procuradores Generales de las Ordenes Religiosas, diecisiete Cardenales, veintiséis Arzobispos y Obispos, todos los prelados de la familia pontificia. Otras mil doscientas personas colmaban las naves de la Basílica. Tres mil quinientas más aguardaban en el atrio y en las calles vecinas. Siete minutos después de comenzar la homilía, Pablo VI, sin alterar el tono de la voz, lanzó las tres preguntas que quizá sobrevivan como las más dramáticas de su reinado.

"Se habla de una renovación en la doctrina y en la conciencia de la Iglesia de Dios —dijo—. Pero cómo podrá ser auténtica y persistente la Iglesia viva y verdadera, si el pueblo que la forma y que la define como un "cuerpo místico" está hoy tan corroído por las disensiones y por el olvido de su estructura jerárquica, desprendido de su divino e indispensable carisma constitutivo, que es la autoridad pastoral? ¿Cómo podrá la Iglesia ser Iglesia, esto es, pueblo unido —si bien fraccionado en regiones e históricamente diverso—, cuando un fermento prácticamente cismático la divide, la subdivide y la despedaza en grupos celosos de una arbitrariedad y, en el fondo, egoísta autonomía, disfrazada de pluralismo cristiano o de libertad de conciencia? ¿Cómo podrá entregarse a una actividad apostólica cuando esa actividad está deliberadamente guiada por tendencias centrifugas, y cuando desarrolla no la mentalidad del amor comunitario sino más bien aquella de la polémica minúscula?"

Si bien los dos temas claves de la homilía —atomización de la Iglesia, quebranto del respeto a la autoridad— son una especie de estribillo en todos los discursos papales de los últimos quince meses, es en esas tres preguntas llenas de alarma donde alcanzan su culminación. Ya durante la audiencia general del miércoles 2, Pablo había preparado el terreno con una admonición trágica: "¿Sufrir hoy la Iglesia? —les preguntó a quienes lo visitaron, a las 11, en la Basílica de San Pedro—. Hermanos, queridísimos hermanos! Si, hoy la Iglesia experimenta un sufrimiento enorme. Sufre sobre todo por la insurrección inquietante, crítica, indócil y demoleadora de tantos de sus hijos contra su intimidad e indispensable comunión, contra su existencia institucional, contra sus normas canónicas, su tradición y su cohesión interna, contra su autoridad, principio insustituible de verdad, unidad y caridad. Sufre por la defecación y el escándalo de algunos eclesiásticos que hoy crucifican a la Iglesia."

La transcripción de esos párrafos es necesaria para entender con toda intensidad y congoja percibe el ciclón que se ha cernido sobre el mundo católico después del Concilio Vaticano. Indagar los antecedentes tuvo en cuenta para lanzar la advertencia de tal gravedad, en dos días consecutivos, es menos simple. No sólo la estabilidad y la unidad de la Iglesia —un hecho político, al fin

cuentas, al menos desde la óptica de los observadores no comprometidos— lo que se ha puesto en juego durante el último lustro. Es también una revisión completa de la doctrina tradicional. El Papa lo sabe, y no se estremece por ello. Sólo procura que esa revisión no esté inficionada por lo que él llama "las ideas de moda", que no adolezca de apresuramiento, que no arrase algunas verdades que él juzga esenciales y a las que viene ateniéndose la Iglesia desde que cristalizó como institución.

Los objetores de Pablo VI suelen subrayar que su cautela es excesiva, y que el influjo de la Curia Romana desbarata, en los hechos, la buena intención de sus palabras. De modo particular se insiste en que, ante un conflicto específico, el Papa prefiere oír las versiones de la jerarquía —a menudo reaccionaria y desobediente a las disposiciones del Concilio— antes que las de los párrocos y fieles; que sus decisiones toman rara vez en cuenta las quejas de "las bases".

El 17 de febrero, al hablar ante los predicadores cuaresmales de Roma, en la Capilla Sixtina, el Pontífice salió al cruce de esas objeciones. Luego de citar, una vez más, el versículo 10 de la Primera Epístola a los Corintios y de admitir que "pueden existir diversidad de criterios y opiniones libres, pero al mismo tiempo debe reinar entre nosotros la unidad de fe", señaló que su Gobierno estaba "abierto a la comprensión".

"Los sacerdotes mayores que tenéis algún cargo de responsabilidad —dijo— deben tratar de interpretar las inquietudes de los hermanos que les prestan su servicio, especialmente los sacerdotes jóvenes. Que ellos se sientan estimados, amados de verdad. Está muy bien que se emplee el diálogo, pero sin quitar al que dirige la libertad de decidir."

Que el Papa insista de un modo tan ardoroso en la importancia de la obediencia y en el fortalecimiento de la

autoridad dentro de la Iglesia indica a las claras que esos dos sostenes, sobre los cuales se basó la vida de la institución durante veinte siglos, están en crisis; es más: son formalmente cuestionados.

Los máximos teólogos revisionistas sostienen que las estructuras de la Iglesia han evolucionado "al margen del Evangelio" y que es urgente una conversión en los funcionarios clericales (incluido el mismo Pontífice) para que sus actos de Gobierno no se atengan sólo a "la línea oficial del Partido ni al reinado paternalista de un solo hombre".

Hans Küng, ex perito del Concilio y profesor en Tubinga, Suiza, critica en su libro *Ser verdadero* la conducción de la Iglesia, a la que acusa de "centralista, jurisdicista, autoritaria e imperialista". Propone, en cambio, que se acceda a "un orden auténtico en la libertad": "el Gobierno absolutista —afirma— debe ser reemplazado por un sistema colegial en todos los niveles: parroquias, diócesis, naciones, mundo. La autoridad preponderante del cura, Obispo y Papa debe mantenerse para evitar una parálisis recíproca de las diversas fuerzas. Pero, al mismo tiempo, es necesario asegurar no sólo una co-deliberación sino también una co-decisión de comités representativos."

¿Puede inferirse, así, que los teólogos renovadores persiguen sólo el reparto de las responsabilidades —y del poder—, la mera descentralización del Gobierno eclesiástico? Sus cañones, sin embargo, parecen apuntar más lejos: insinúan una profunda incompatibilidad entre la estructura actual de la Iglesia y las enseñanzas evangélicas. El holandés Bernard Delfgaauw, uno de los adalides del laicado progresista, ha examinado este proceso a la luz de la conducta de los tres últimos Papas.

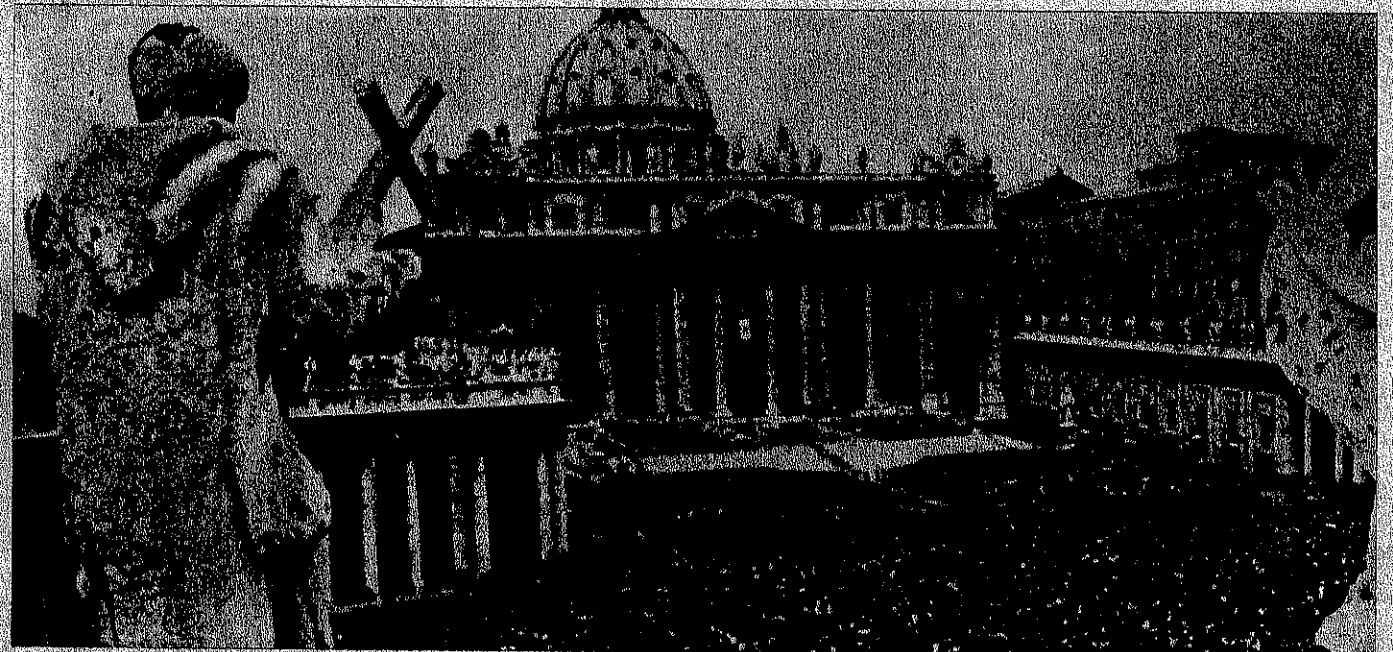
"Pío XII y Pablo VI, son, sin duda, hombres íntegros e inspirados por los más nobles propósitos —conviene en

Sexualidad, autoridad papal, conciencia—. Sin embargo, el poder absoluto los ha deshumanizado, les ha ido imponiendo una actitud de envaramiento que los ha anquilosado por dentro y por fuera. Llega un momento en que dejan de ser hombres vivos y son sólo funcionarios del Dios Supremo. Se les ha hecho imposible ver y sentir el mundo como lo exige el Evangelio; esto es, como seres libres, desinteresados e imparciales. Juan XXIII era quizá menos erudito y hasta menos inteligente, pero no se sentía embarazado por los calambres de una santidad contraída con su ministerio. Juan XXIII tenía conciencia de que ignoraba un montón de cosas, pero no lo atormentaba la idea de que todo lo que él no comprendiese lo comprendería el Espíritu Santo al hablar por su boca. Trató de evitar, como Papa, entender lo que como hombre no entendía. No fue presa del poder, sino que se empeñó en ejercerlo a su manera, inocentemente."

De hecho, pues, los sectores a los que Pablo VI llama "insurgentes" no lo son sino de un modo formal: parten de una unidad fundamental —la fe es común— y no cuestionan el principio de autoridad. Simplemente, exigen una revisión en la manera de ejercerla.

El ojo de la tempestad

Aunque el estado deliberativo de la Iglesia se acentuó luego de la publicación de la *Humanae vitae*, en junio de 1968, el "terremoto clamático" a que alude el Pontífice data de un lustro antes, por lo menos. Bastaría, para medir su gravedad, reseñar sólo los acontecimientos de la Semana Santa, en la que coinciden las declaraciones apostáticas del ex Obispo peruano Mario Cornejo Ravadero (Nº 328); la separación, por orden del Superior Pedro Arrupe, de dos jesuitas holandeses que se declararon adversarios del celibato, y la renuncia de Jan



La Basílica de San Pedro, el Domingo de Pascua: "En esta hora dolorosa para los cristianos".

AP



El Jueves Santo en Jerusalén: "Estamos crucificando a Jesucristo".

Hermans, provincial de la misma orden en los Países Bajos; el anuncio de que 700 sacerdotes brasileños abandonaron su ministerio en los últimos tres años; el pronunciamiento, en fin, del 53 por ciento de los seminaristas norteamericanos en favor del casamiento de los clérigos.

La efervescencia abraza a Holanda, donde el llamado *Nuevo catecismo*, que se publicó en 1966, mereció —el 30 de noviembre de 1966— diez objeciones de una comisión especial de Cardenales, nombrada por el Papa para examinarlo. Las principales: el reconocimiento de que existe un reino de espíritus puros, los ángeles (una categoría que el catecismo se obstinaba en omitir); la exigencia de que se afirme la virginidad de María, la infalibilidad de la Iglesia en la explicación de la doctrina, la indisolubilidad del matrimonio.

En Portugal, la suspensión *ad divinis* del párroco de Belén, Felicidade Alves —brazo derecho del Cardenal Primado Manuel Gonçalves Cerejeira—, sirvió de detonador para que más de 200 sacerdotes, seminaristas y laicos pidieran a la Santa Sede la remoción del Arzobispo de Lisboa.

En el Ecuador, el Arzobispo de Quito, Pablo Muñoz Vega —exaltado este año al Cardenalato—, denunció en febrero la aparición de un "cisma psicológico", después que 75 sacerdotes de su diócesis reclamaron que el cetro fuera consultado antes de cada designación episcopal.

En los Estados Unidos, donde los católicos (52 millones) lograron erigirse, hace ya una década, en la mayor comunidad religiosa del país, las tempestades se cuentan por decenas: a fines de junio de 1968, 54 curas de la Arquidiócesis de Washington fueron sancionados por el Cardenal O'Boyle al pronunciarse contra la *Humanae vitae*; otros 51, de la diócesis de San Antonio, Texas, pidieron al Papa que exigiese la renuncia del Obispo Lucey, "por su actitud anticonciliar y autoritaria, que produce una atmósfera de temor y alienación"; el éxodo de monjas (180 mil en todo el país) persiste, a razón de 3 mil por año.

Es quizás Italia, sin embargo, la es-

pina que se ha clavado más hondo en el ánimo de Pablo VI: a los conflictos del Isolotto, en Florencia, a los brotes de insurgencia en Palermo y Venecia, el Pontífice habrá sumado, sin duda, la abrumadora deserción sacerdotal de los últimos tres años. Sólo los pedidos de reducción al estado laico llegaron a siete mil; es menos verificable la cifra de quienes abandonaron los hábitos sin dar aviso.

Abrumado por la avalancha —que se extiende a España, a Alemania, a Brasil, a Inglaterra, a Colombia, y que en algunos casos compromete a los propios Obispos (un ejemplo, el pronunciamiento británico contra la *Humanae vitae*)—, Pablo trata de preservar a toda costa el orden de su barca en este océano proceloso.

Quizás en su lectura predilecta de estos días, la Primera Epístola a los Corintios, haya encontrado el Papa la respuesta: "Doy por sentado —dice el versículo 18 del capítulo 11— que entre vosotros tiene que haber disensiones, para que se ponga de manifiesto quienes son de probada virtud y quienes no". Porque la firmeza de la autoridad pontifical y la cohesión interna de la Iglesia no dependen —y Pablo VI lo sabe mejor que nadie— de imposiciones absolutistas sino de la sabiduría y eficacia del magisterio que ejercen "los mayores". Si la Iglesia es una, si se admite que cada criatura del Pueblo de Dios es también un testigo de Jesucristo, la diversidad de opiniones resulta inevitable. El Pontífice viene repitiéndolo así desde la Cuaresma.

Pablo VI no ha rechazado nunca la diversidad, sino la división; tampoco ha procurado frenar la puesta al día de las estructuras: simplemente, ha reclamado "paciencia y estudio" para consumarla. De un modo explícito y constante, el Papa ha condenado también la obstinación cerril de los conservadores que prefieren una Iglesia comprometida con los factores del poder. La institución que Pablo VI quiere preservar de la discordia está fundada sobre la fe y la caridad, pero al mismo tiempo sobre la disciplina.

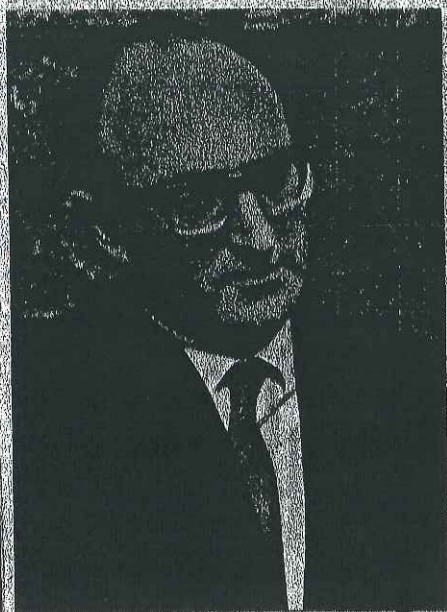
No se entiende muy bien, entonces,

por qué sobrevino un "fermento cismático" a menos que se inscriba la palabra *cisma* en el contexto de la Epístola a los Corintios, esto es, como sinónimo de desunión. De hecho, todo cisma implica un desconocimiento de la autoridad papal, y ninguno de los grupos insurgentes (ni siquiera el holandés, que ha sido descrito como el más radical) ha dejado de insistir en su obediencia al Pontífice.

Siete años atrás, cuando Juan XXIII admitió que recibiría en el Vaticano a Nikita Kruschev "si ese buen señor tiene intenciones de visitarme", algunos conservadores amenazaron también con abandonar la Iglesia. Nadie lo tomó en serio, porque su cisma ni cuestionaba la existencia del Pontífice sino un mero gesto de Juan

II del Jueves Santo entre los católicos argentinos. Le preocupó distinguir primero a quién aludía Pablo cuando mencionaba las divisiones internas de la Iglesia y señalaba erupciones de desobediencia. Para Jorge Pascale, director del Centro de Investigación Familiar de la Universidad del Salvador y teólogo del progresismo, el Pontífice "se refirió a los renovadores pero también a los otros. Pablo VI prefiere —dijo— salvar la unidad dentro de una sana libertad y no por obra de la condenación".

Nadie piensa que sea inminente, ni siquiera próximo, un cisma en la Iglesia Católica. Pero pocos niegan, a la vez, que el riesgo existe, y que el alerta de Pablo VI no es vano. Todos los días, la prensa da cuenta, sin duda, de cismas individuales como el del ex Obispo Cornejo Ravadero. Pero la importancia de esas separaciones es poco menos que nula, sobre todo si se advierte que la mayoría de los sacerdotes que se reducen al estado laico



Primera Plana
Pascale: "El estado de búsqueda"

o renuncian al celibato dejan constancia, al mismo tiempo, de su voluntad por seguir incorporados a la Iglesia.

Pablo es un político demasiado agudo como para no impedir cualquier segregación irreparable antes de que se produzca. Es también lo bastante severo como para no hacer concesiones fáciles en cambio. Sabe que el timón de la Iglesia es arduo de conducir, tumultuoso e impredecible. Pero está seguro, al mismo tiempo, de que ninguna borrasca hundirá su barco, ninguna discordia lo desviará de rumbo. Claro que no sólo de él depende la unidad de la Iglesia, sino también de los sacerdotes que lo impugnan, mientras ellos antepongan la prudencia y la humildad a sus intereses personales, el riesgo estará conjurado.

El alerta de Pablo VI contra el cisma es exactamente eso: un llamado de atención. No un gesto de desconfianza.